

La nariz de Edward Trencom

Giles Milton

Traducción de Victoria Horrillo Ledesma



16 de julio de 1969

Cuando Edward despertó por fin de su sueño, se halló en una habitación que creyó reconocer. Se dio la vuelta; abrió un ojo. Sí, sí, justo lo que imaginaba. Satisfecho por estar, efectivamente, en territorio conocido, tiró de la manta y se dejó ir de nuevo hacia el mundo de los sueños.

Estaba atrapado en ese feliz estado del no ser situado en algún punto entre el sueño y la vigilia. Sentía las piernas, pero solo como un peso. De las manos, notaba únicamente su calor. Su nariz, en cambio, permanecía atenta al hecho de que allí, en aquel preciso instante (en aquella misma habitación), algo estaba provocando en él la más grata y deliciosa de las sensaciones. Sí, en efecto. Su nariz se movía y cosquilleaba como si detectara un olor: un olor a queso agradablemente familiar.

Durante más de dos meses, Edward había yacido paralizado en su dormitorio del número 22 de Sunnyhill Road. No recordaba cómo había vuelto a Inglaterra. La travesía en barco hasta Italia, el viaje en avión a casa: todos aquellos detalles eran borrosos e intangibles, como si pertenecieran al mundo de los sueños. Aunque había estado despierto todo el viaje, su mirada vidriosa reflejaba el vacío total del interior de su cabeza. Al principio, los monjes del monte Athos creyeron que había sufrido una especie de embolia: que no tenía salvación. Un par de ellos dijeron que padecía de orgullo y delirio: que los pecados se habían apoderado de su mente lo mismo que los demonios pueden apropiarse de las almas de los hombres.

Edward deliraba todavía cuando Elizabeth lo llevó a Streatham y lo arropó en su cómoda cama. No parecía reconocer a su mujer. Ni siquiera sabía que estaba en casa. No hablaba; pasaba gran parte del tiempo dormido. Era como si su misma sangre se hubiera sumido en una suerte de estado de hibernación, como si nada excepto el calorillo del verano pudiera sacarlo de su sopor.

Los médicos dictaminaron que sufría el severo estado de estupor que (dijeron) se daba a menudo después de un trauma. Solo le prescribieron reposo y sueño. Relajación completa: eso era lo que más necesitaba Edward Trencom.

Ahora, siete semanas después de que lo depositaran en el lecho conyugal, un olor que estaba seguro de reconocer alteró el lento tictac de su cerebro.

—Sí. —*Snif, snif*—. Sí... ¡Sí!

Notó que sus conductos nasales se despejaban. Hubo un hormigueo en su papila olfativa. Su cabeza pareció llenarse de un denso olor a cabras, cobertizos y zarzaparrilla silvestre.

—Uh... *mmm...* ¡Sí!

Y entonces, sin previo aviso (y precedida por un largo y sonoro bostezo) una sola palabra salió de la boca de Edward: «*tulumotiri*». Y al decir esto, su nariz se agitó por segunda vez, sus ojos se abrieron de golpe y Edward se sentó bruscamente, muy tieso, y se descubrió en su dormitorio, con su esposa sentada a su lado. Ella sostenía de nuevo una gruesa loncha de *tulumotiri* bajo su nariz, con la esperanza de que el destello de un recuerdo (algo profundamente enterrado entre los recovecos de su memoria) lo sacara de su letargo.

Sin decir una palabra más, Edward cogió el queso que Elizabeth sostenía entre los dedos y volvió a olfatearlo. El queso pareció surtir sobre su cuerpo el efecto de un ensalmo, como una flor marchita puesta en un jarrón de agua limpia y fresca. Fue como si lo revigorizara, devolviéndolo al mundo por la fuerza. Edward notó que la boca se le llenaba de saliva. Se descubrió teniendo que tragar. Y su tripa, de la que no tenía conciencia desde hacía semanas, se vio de pronto atravesada por agujonazos de hambre. Edward sentía el vacío cavernoso de su interior.

Se puso el queso en la lengua y paladeó su sabor fuerte y denso. Y luego, incapaz de refrenarse más, aplastó el queso cremoso contra la

parte de atrás de sus dientes delanteros, por cuyos resquicios lo hizo pasar apretando con la lengua.

—¡Ah! ¡Sí! —dijo en voz baja—. Sí que es *tulumotiri*. De los de Teodoro. Y un queso de septiembre, no hay duda, un queso de septiembre.

Degustó su sabor un momento más, detectando el regusto sutil del *tsipuro* que Teodoro usaba para la lavar la corteza. Y luego (súbitamente) Edward cobró conciencia de la presencia de Elizabeth. Hasta ese momento, parecía tan perdido en su mundo que ni siquiera había reparado en que estaba sentada en la cama, a menos de un metro de él.

La miró de arriba abajo con cierta indiferencia, como si todavía no estuviera seguro de estar despierto. Pero, al ir comprendiendo poco a poco que, en efecto, lo estaba, y que Elizabeth estaba sentada en la cama, sus ojos comenzaron a fijarse en algo inesperado.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó bruscamente—. Estás cambiada. Pareces otra.

Elizabeth sonrió y se alisó la blusa sobre la tripa.

—Sí —dijo, notando que un cosquilleo de nerviosismo recorría su cuerpo—. Edward, querido, estoy embarazada. Vamos a tener un bebé. Y tú... tú vas a ser padre.

Hubo un largo silencio mientras el cerebro de Edward seguía procesando los diversos hechos inesperados que habían tenido lugar en el último minuto. Así pues, era cierto. Estaba despierto. De veras estaba sentado en su habitación... y su esposa, Elizabeth...

Se despistó examinando la figura cambiada de su mujer y sus pensamientos quedaron en suspenso un instante. *Hmm... Está bastante guapa. Sí, y siempre me ha gustado con esa blusa. Y... ¡qué raro! ¡Acaba de decir que está embarazada?*

—Pero ¿cómo? —preguntó con cara de completa estupefacción—. ¿Cuándo? ¿Por qué no me lo has dicho antes?

—*¡Chist!* —le dijo Elizabeth suavemente—. No pienses demasiado. Túmbate en la cama. Todavía estás muy débil.

—Pero...

Edward se acomodó entre las blandas almohadas y se quedó cavilando. Su mente lo retrotrajo a la última escena que recordaba con claridad. Parecía tan vívida, tan absolutamente real... Y sin

embargo también parecía muy, muy lejana. Era casi como si se hubiera despertado con un sobresalto y su mente no hubiera tenido tiempo de sacudirse las imágenes del sueño. De pronto se acordó de las palabras del padre Serafín: de cómo el abad le había dicho que era hora de que se uniera a la causa. Volvió a incorporarse y miró a Elizabeth.

—Estaban todos allí, Elizabeth, todos. Los vi en sus ataúdes. Me enseñaron sus esqueletos. Y luego...

—No te preocupes por eso ahora —dijo Elizabeth—. Hubo mucha gente que nos ayudó a volver a casa. Tuvimos mucha suerte de escapar. Creo que esos demonios son cosa del pasado.

Edward se inclinó hacia su mujer para coger otro trozo de queso. Estaba muerto de hambre.

—Y lo más raro de todo —dijo— es que mi nariz vuelve a estar en forma. Vuelve a ser normal: está perfectamente. Puedo olerlo todo. Y no solo el *tulumotiri*.

—Entonces ¿qué hacemos ahora? —preguntó Elizabeth—. ¿Qué va a pasar?

—Tengo que volver a abrir Trencoms —dijo Edward—. Eso seguro. Y daremos una fiesta... en honor de nuestro querido señor George. ¿Qué sería de nosotros sin el señor George? Invitaremos a toda la gente que conocemos (menos a monsieur D'Autun) y nos daremos un festín con tu *dauphinois* gratinado. Pero antes de nada, Doña Queso, creo que tenemos que ponernos al día. Ya sabes, hace mucho, mucho tiempo...

Elizabeth sonrió y se tumbó en la cama.

—Ven aquí, Don Queso —dijo, juguetona—. Deja que te eche un vistazo.

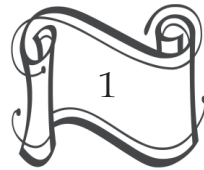
Y en el preciso instante en que plantó el primer beso sobre los labios de su recién recobrado marido, la señora Hanson, la del número 47, miró la habitación desde su casa al otro lado de la calle.

—¡Cielos! —dijo al correr la cortina—. Parece que el señor Trencom por fin se ha recuperado.

Primera parte







3 de septiembre de 1666

Humphrey Trencom se dio la vuelta y olfateó el aire. Estaba atrapado en ese feliz estado del no ser situado en algún lugar entre el sueño y la vigilia. Sentía las piernas, pero solo como un peso. De las manos, solo notaba su calor. Su nariz, en cambio, permanecía atenta al hecho de que allí, en aquel preciso instante (en aquella misma alcoba) algo no andaba bien.

En el tiempo que tardó en saltar una alarma en su cerebro soñoliento, Humphrey dejó que sus pensamientos volvieran a deslizarse suavemente hacia el mundo de los sueños. Había estado soñando con capones asados y chirivías con miel, con succulentas becasas y anguilas en gelatina. Aquella ensoñación lo había transportado al gran salón de banquetes del palacio de Whitehall, donde compartía mesa con el rey Carlos II. Su cerebro no había reparado en que aquello era tan improbable como inverosímil. Por el contrario, volvía a concentrarse en la larga mesa de roble, que parecía extenderse hasta el extremo más alejado de la habitación.

En la esfera llena de sueños de la cabeza de Humphrey, la mesa estaba cargada de empanadas de perdices, de pasteles de granada y carne de membrillo. Había frasquitos de pimienta y vasijas de aceite, jarras de chocolate y redomas de salsa. En el centro de aquel despliegue de viandas, había una gran torre de quesos ingleses: más de veinte variedades distintas, apiladas en una bandeja de peltre ornamental. El propio Humphrey había provisto los quesos para el

mórfico banquete y se disponía a ofrecer su consejo de entendido al monarca, que en ese momento estaba sentado a su derecha.

—¿Y cuál —preguntó el rey con extraordinaria familiaridad— nos aconseja que probemos especialmente?

El preferido de Humphrey era desde hacía tiempo el *tynwood* ahumado de Norfolk. Precavidamente y con gran cuidado, Humphrey sacó el queso de la base de la torre, haciendo que el montón se tambaleara un poco. Luego, tras mostrárselo al rey, cortó una gruesa cuña del redondo queso. Se fijó en que la corteza picada de viruelas estaba recubierta por una fina película de ceniza que prestaba una tersura de roble a la cítrica pulpa del queso. Humphrey se lo acercó a la nariz y aspiró profundamente. Ah, sí: había en aquel aroma una opulencia tangible. El olor de las hogueras y el humo de leña se abría paso hasta su conciencia, haciendo que su boca todavía dormida se llenara de saliva.

Fue exactamente en ese momento del sueño cuando su olfato consciente envió un mensaje de alarma a su cerebro todavía dormido. Y apenas un segundo o dos después, Humphrey despertó bruscamente y se dio cuenta de que, aquella cálida mañana de fines de verano, no todo era como debía ser.

El olor a humo no procedía de la loncha de *tynwood* de Norfolk, sino que entraba por la ventana: era invisible al ojo, pero estaba presente en las delicadas fosas nasales de Humphrey Trencom.

—¡Dios misericordioso! —se dijo al incorporarse de golpe en la cama—. Aquí pasa algo raro.

Se enderezó el gorro de dormir, que se le había caído sobre los ojos, y descolgó las piernas por el lado de la cama. Al hacerlo, notó que la habitación estaba impregnada de un leve resplandor anaranjado. Cada vez más alarmado, subió los cuatro escalones que llevaban a la alta ventana emplomada desde la que se divisaba gran parte de la ciudad.

La visión que se ofreció a sus ojos era tan chocante e inesperada que tuvo que agarrarse al marco de madera para no caerse.

—¡Ay, señor! —exclamó—. ¡Ay, Dios mío!

Hasta donde podía ver, desde Saint Giles, por el norte, hasta la calle Thames por el oeste, todo Londres estaba en llamas. La calle Canning era una cortina de fuego; la Bolsa era un amasijo de madera ardiendo.

El muelle de Botolph resplandecía. Incluso algunas de las casas del Puente de Londres parecían arder sin llama, desde dentro.

Humphrey tardó aproximadamente tres segundos en comprender la magnitud del desastre y otros dos en darse cuenta de que su vida estaba, casi con toda certeza, en grave peligro. El fuego consumía la iglesia parroquial de Santa Ágata, a menos de cien yardas de su hogar. El Gallo de Oro lanzaba un chorro de chispas; El Zorro y las Uvas era una ruina humeante. Humphrey miró a través de la capa de humo y vio que el tejado a dos aguas y reforzado con plomo de la vieja iglesia de San Pablo, que distinguía a duras penas, parecía un torrente fluido. De las gárgolas manaba metal líquido que caía salpicando al suelo.

Humphrey bajó corriendo las escaleras de atrás y salió a la callejuela. El aire era una mezcla caldosa de humo acre, mucho más fuerte y picante que en su alcoba. Humphrey notó un olor a brea, alquitrán y azufre.

La calle Foster estaba atestada de gente: mujeres, bebés que chillaban, soldados y criadas. Había muebles rotos dispersos por el suelo de adoquines. Carros y carretas bloqueaban la calle.

—¿Qué pasa, en nombre del diablo? —gritó Humphrey a un soldado que pasaba—. ¿Adónde podemos ir?

—Toda la ciudad está ardiendo —fue la respuesta—. Vaya a la orilla del río.

En cuanto comprendió que todavía tenía abierta aquella vía de escape, y que por tanto su vida no corría peligro inminente, los pensamientos de Humphrey volaron ansiosamente hacia su tienda.

*Mis quesos, pensó, ¿qué voy a hacer con mis quesos?*

Varias alternativas se le pasaron por la cabeza. Podía cargarlos en un carro. Podía pagar a algunas personas para que los llevaran a la ribera. Podía intentar bajarlos a la bodega. Pero cuando miró la calle y la vio abarrotada de gente, comprendió que ninguna de aquellas alternativas podía llevarse a la práctica. Londres ardía y nadie lo ayudaría a salvar sus quesos.

Las llamas se acercaban peligrosamente. El aire mismo quemaba como un horno y del cielo caían chispas y llamas. Las calles King y Milk estaban ardiendo y en Lothbury varias viviendas lanzaban

furiosas llamas. Era solo cuestión de tiempo que aquella cortina de fuego alcanzara Trencoms.

Las llamas llegaron por fin en una oleada implacable. Se agarraron a la tienda de la esquina (la del señor George, el bodeguero) y devoraron el maderamen antes de arrancar el tejado. Humphrey observó, al mismo tiempo horrorizado y fascinado, cómo el gablete se separaba del edificio y se desplomaba en medio de un estallido de fuego. El Oso Viejo fue el siguiente en caer; las llamas, alimentadas por los barriles de coñac de la bodega, dieron cuenta en un periquete de las paredes de zarzo. Arrasaron luego el número 12 y el Almacén Viejo antes de husmear, hambrientas, la fachada seca y resquebrajada de la quesería Trencoms.

Humphrey se acercó a las llamas todo lo que se atrevió y contempló con distanciado espanto su inminente ruina. El calor era intenso (un chorro palpitante y abrasador), y sin embargo Humphrey parecía incapaz de huir hasta que hubiera presenciado con sus propios ojos la destrucción de su sustento.

Las llamas lamían las vigas de madera como si quisieran oler y catar los quesos antes de su primera gran embestida. Los maderos viejos, encastrados en el suelo desde hacía más de dos siglos, estaban tan secos como un cadáver antiguo. Hacía más de tres meses que no llovía en Londres y la superficie cuarteada de la madera se carbonizó en segundos. Luego, de pronto, toda la fachada de la tienda estalló espectacularmente en llamas.

Los pequeños vidrios de las ventanas aguantaron valerosamente el chorro de calor, pero solo unos segundos más. Humphrey no supo qué se fundió primero, si el plomo o el cristal, pero notó que la famosa fachada de Trencoms, que había costado más de veinte guineas, se descuajaba, se fundía y desmoronaba teatralmente. Un momento después, las puntas de las llamas, semejantes a dardos, comenzaron a penetrar en la planta baja del edificio husmeando todo aquello que pudiera arder.

Humphrey estaba peligrosamente cerca del fuego: a menos de treinta metros de la tienda. A pesar del calor, que estaba tostando sus quesos, permanecía clavado en el sitio, viendo con horror distante cómo las llamas hallaban su primera víctima. Sobre una mesa, junto a la vidriera, había un gran montón de carísimo *gilden* de Suffolk. Durante unos minutos, la fina ventana emplomada lo había preserva-

do del calor más intenso. Ahora, ya sin la vidriera, sufría toda la fuerza de las llamaradas.

La parte de fuera se volvió brillante al empezar a fundirse. Luego, muy lentamente, el interior comenzó a licuarse. El montón iba combándose ligeramente a medida que su estructura sólida se ablandaba. El queso de arriba se fundía con el de abajo y este, a su vez, se mezcló con el gran queso redondo que estaba el último.

Unas burbujitas aparecieron en el exterior. Este empezó a llenarse de ampollas que reventaban. Y luego, de repente, de su empalagosa panza comenzaron a caer gotas al suelo. La corteza dura aguantó todavía airosamente el calor espantoso. Pero, privados de sus órganos internos, los quesos pronto se arrugaron y se derrumbaron hacia dentro. Los *gilden* de Humphrey se habían transformado en un charco líquido.

Animadas por la facilidad de su éxito, las llamas se abrieron paso hacia el interior del edificio. A medida que el calor se intensificaba, más y más quesos empezaban a convertirse en bultos cerosos. Perdían su rigidez. Sus bordes se ablandaban. Y luego, finalmente, las llamas los derretían. Los *charworth* goteaban en los *bridgeworth* y los *stilton* se mezclaban con el queso azul.

En medio de aquella catástrofe fangosa, solo el noble parmesano conservó su forma y su figura. Más de cinco minutos aguantó, orgulloso, la acometida implacable del fuego y las llamas. Pero, desanimado quizá por el triste sino de cuanto le rodeaba, su barriga rotunda comenzó a combarse y ceder.

Durante más de dos meses, aquel tambor de cincuenta libras había procurado placer y deleite a los clientes habituales de Trencoms. Ahora, su interior reumático iba cayendo gota a gota al suelo.

Humphrey sabía que, cuando el interior de la tienda alcanzara cierta temperatura, todos los quesos que quedaran entrarían en combustión espontánea. Solo tuvo que esperar unos segundos más para que aquel triste suceso tuviera lugar. Cuando las campanas de Santa María dieron las siete (sería la última vez que sonaran), la quesería Trencoms estalló en una bola de fuego.

Humphrey miraba con una mezcla de asombro y horror. Ya se había resignado a perder su tienda y se había hecho a la idea de que aquello suponía el fin de su sustento. Y sin embargo, en medio de

aquella escena de completa devastación, se enorgullecía de que sus quesos ofrecieran un espectáculo mucho más ostentoso que los demás edificios en llamas. La taberna había desaparecido con un petardazo. El almacén viejo había ardido lenta y cansinamente. Pero sus quesos estaban dando espectáculo hasta el final. Fundidos, goteando y convertidos en aceite líquido, transformaron la tienda en un llamativo horno al rojo vivo.

Mientras contemplaba aquel operístico final, la nariz de Humphrey volvió a agitarse. Esta vez, su cerebro reaccionó en cuestión de segundos. ¡Ah, sí! Sus quesos (su amada familia de quesos) le estaban procurando un último arrebató de placer. Entre el hedor de la madera quemada, la brea, el polvo y la ceniza, había un aroma a queso fundido que lo impregnaba todo. Humphrey no pudo identificar ni una sola variedad en aquel mejunje de olores penetrantes. Una mezcla de aromas poderosos colmaba su nariz; una mezcla como no la había olido nunca antes.

Miró a su alrededor y de pronto el pánico se apoderó de él. Vio que estaba completamente solo y casi rodeado por un muro de fuego. Había estado tan enfrascado contemplando las llamas alimentadas con queso que no se había dado cuenta de que el fuego se había propagado hacia el sur y el este, abriéndose paso a lo largo de la calle Lawrence. El aire casi quemaba y Humphrey notó que su anillo de boda le chamuscaba la carne.

*¡Santo Dios!, pensó, ¿dónde ha ido todo el mundo? Tengo que salir de aquí. Tengo que ir al río.*

Se permitió una última mirada al cadáver todavía en llamas de lo que hasta hacía poco había sido la quesería Trencoms y a continuación giró sobre sus talones y corrió calle abajo, tropezando con maderos quemados y montones de mampostería desmoronada.

Solo pensaba en salvar el pellejo, y hasta que alcanzó por fin la ribera, no empezó a evaluar el brete en el que se hallaba con cierta claridad. Al hacerlo, sus ideas dieron varias volteretas antes de tomar caminos inesperados. Empezó a preguntarse si el fuego era la señal de la que su madre, con el estilo críptico que le era característico, le había dicho que debía esperar. Su madre siempre le había dicho que la familia Trencom estaba esperando una especie de señal del cielo y

que, cuando dicha señal llegara, Humphrey no tendría más remedio que reparar en ella.

—Mantente siempre atento, Humphrey —le había dicho cuando él todavía era muy niño—, y aprovecha el momento. La señal marcará tu destino y también el destino de los Trencom. Sí, presagiará buenos tiempos para nuestra familia, generación tras generación.

De niño, Humphrey le pedía con frecuencia a su madre que le contara algo más, pero ella se limitaba a contestarle con uno de sus soliloquios de costumbre.

—Todas las cortes nobles de Europa buscaron en otro tiempo nuestra sangre —decía ella con una vigorosa inclinación de cabeza—. Oh, sí. Y podríamos haber emparentado por matrimonio con algunas de las dinastías más grandes. El zar Iván el Terrible se declaró a Irene, tu tatarabuela. Y el rey Gustavo Adolfo II de Suecia ofreció a una de tus tías la ciudad de Lutzen, en Sajonia, como dote.

El joven Humphrey escuchaba encandilado la letanía de nombres y casas reales que entonaba su madre. Había oído tantas veces aquellas historias que se las sabía casi palabra por palabra.

*Aquí viene, aquí viene*, se decía, imitando de cabeza el extraño acento de su madre.

—Y yo podría haberme casado con el mismísimo emperador del Sacro Imperio romano. Sí, en efecto, con Fernando III. Pero no me gustaba cómo se recortaba el bigote.

Humphrey había tragado saliva involuntariamente al darse cuenta de que aquel cuento tan trillado adquiriría de repente un carácter nuevo y mucho más ilustre.

—¿De veras, madre? —había dicho—. ¿Seguro que no fue con el príncipe Christian IV de Dinamarca, Noruega y las islas Lofoten?

—Sí —había contestado ella al escupir en la tierra—. Con él también. Podría haberme casado con todos ellos. Pero yo... nosotros... no queríamos que nuestra sangre se mezclara con la de esos seres inferiores.

—Entonces —había preguntado Humphrey, tanteando—, ¿por qué te casaste con mi padre?

Se hizo un largo silencio mientras su madre, Zoe, contemplaba con aire soñador la casa de adobe y madera que era su hogar desde hacía diez años.

—Me enamoré —había contestado ella, enjugándose los ojos con el manto—. Y sabía que juntos engendraríamos un hijo varón que reclamaría nuestro patrimonio. Ese eres tú, Humphrey. Y cuando vi tu nariz (cuando vi que habías heredado mi nariz), estuve segura de que solo era cuestión de tiempo. Dejamos nuestra tierra en medio de un caos de fuego y llamas... y no hay duda de que un caos de fuego y llamas volverá a llevarnos a ella.

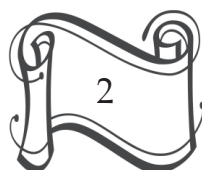
¿Qué había querido decir exactamente su madre con esas palabras? Humphrey nunca lo había sabido con certeza, pero ahora, al volver la cabeza hacia el horizonte en llamas, se convenció de pronto de que el incendio era aquel misterioso portento del que ella le había hablado. A su modo de ver, las llamas que habían destruido su tienda anunciaban algo de suma importancia.

*Claro, eso es, pensó con un cosquilleo de excitación. No hay duda de que es la señal de la que me habló. Tiene que serlo. Por fin ha ocurrido, como ella me prometió.*

No bien hubo llegado a la conclusión de que el incendio era un mensaje de las alturas, Humphrey descubrió que un tropel de ideas cruzaba a paso ligero los recovecos recalentados de su cerebro. En un abrir y cerrar de ojos, y a despecho de toda lógica o pragmatismo, resolvió hacer algo drástico y por completo inesperado.

*Me voy a Constantinopla, se dijo, inclinando vigorosamente la cabeza. Sí, eso es. Seguro que es lo que mi madre quería que hiciera. Dejaré estos escombros carbonizados en las capaces manos de mi hermano John y buscaré mi destino en Constantinopla.*

Y eso hizo. Pero lo que no imaginaba era que, al seguir aquella señal y emprender su viaje, iba a desatar una cadena de acontecimientos catastróficos, una cadena que no conocería su justo final hasta la primavera de 1969, exactamente 303 años y nueve generaciones después de su precipitada y repentina partida. Sería un tal Edward Trencom, descendiente directo del impulsivo Humphrey, quien tendría que enfrentarse a las terribles consecuencias de su decisión.



Enero de 1969

La guía dio unas palmadas y dejó escapar una tosecilla impaciente. Estaba deseando empezar el *tour*.

—Disculpen, señoras y señores. ¡Ejem! Si están listos. ¿Podría pedirles...? ¡Ejem!

El grupito guardó silencio y ella empezó.

—Lo primero de todo —dijo—, permítanme darles la bienvenida al *tour*. La visita dura aproximadamente cuarenta minutos y, bueno, si tienen alguna duda, no duden en preguntar.

»Bueno... ¿por dónde empezamos? Trencoms, como pueden ver, tiene su sede en un edificio muy particular. La fachada exterior es típicamente georgiana: de ladrillo rojo, con tres plantas y perfectamente proporcionada. Como comentó una vez el señor Trencom, la clase de casa en la que muchos de los personajes de Jane Austen se habrían sentido a sus anchas.

»Echen un vistazo al montante de la puerta. Es el original. Fíjense también en las ventanas. Casi todas conservan todavía los cristales del siglo XVIII. Sí, señor, tiene usted razón, es muy raro en Londres... y hay que agradecerse al señor Albert Trencom. Fue él quien tapó con tablones todas las ventanas el día que estalló la Segunda Guerra Mundial, lo que hizo reír mucho a los tenderos vecinos..., y los tablones no se quitaron hasta el día del Armisticio.

»Encima de la puerta principal, que es de color verde oscuro desde hace más de un siglo, verán el tipo de letrero de hierro forjado que antaño podía verse por todo Londres. Trencoms, 1662. Ese fue, naturalmente, el año en el que la tienda abrió sus puertas por primera vez.

»Sí, señor... tiene usted una duda. Ah, sí... ¿qué fue de la tienda original? Bueno, la primera tienda ya no existe. Se quemó hasta los cimientos en el Gran Fuego de 1666, quedó completamente destruida. Solo llevaba cuatro años abierta cuando sufrió su primer desastre de grandes proporciones.

La guía arrastró los pies un momento y miró el suelo rápidamente.

—Quizá deba decir —continuó— que el incendio no es el único desastre que ha sufrido Trencoms a lo largo de su larga historia. Es extraño. Verán, casi todas las generaciones han tenido que afrontar un accidente u otro. —Se demoró al decir «accidente», como si diera a entender algo más siniestro—. Casi podría decirse que Trencoms está en cierto modo... maldita.

La guía había logrado captar la atención de todos con su último comentario y, en medio del dramático silencio que siguió, aprovechó la ocasión para soltar una broma muy trillada: una broma que sabía haría reír a todo el mundo.

—En fin —dijo—, esperemos que no sufra otro desastre en los próximos cuarenta minutos.

Cuando el grupo profirió debidamente una risa colectiva, la guía agradeció su buen talante inclinando la cabeza con sagacidad y siguió con la visita.

—Ahora, permítanme añadir un par de cosas más. Fíjense en la insignia real y en esas tres palabras mágicas, «Por designación regia». Estoy seguro de que algunos de ustedes las habrán visto en otras tiendas durante su estancia en Londres. ¿Sí? ¿*Hmm*? Veo que algunos asienten.

»Bien, pues puedo asegurarles que una «designación regia» es un gran honor. A Trencoms se le concedió ese estatus durante el reinado de la reina Victoria, que era particularmente aficionada al *gloucester* curado del señor Henry Trencom. El príncipe Alberto, por cierto, prefería el *gewurtskäse* salado del norte de Baviera. El otro día vino de visita un empresario alemán que era del pueblo donde se elabora el *gewurtskäse*.

Se quedó callada un momento para dejar que un recién llegado se incorporara al grupo.

—Buenos días, buenos días —dijo con su jovialidad característica, indicando al hombre con un gesto que se acercara—. Únase a nosotros, por favor. De vacaciones, ¿verdad? Díganos su nombre. Y de dónde es. Siempre me gusta saber de qué países son las personas que tengo en mis visitas.

El hombre parecía visiblemente nervioso, como si aquello fuera lo último que esperara que le preguntaran.

—Eh... Grecia. Soy de Grecia. —Hablaba titubeando y con fuerte acento—. Me llamo Papadrianos. Andreas Papadrianos —dijo, tendiendo la mano—. De Salónica.

—Ah, bien... bien —dijo la guía—. Hacía muchos meses que no venía ningún griego de visita. Un pequeño consejo: cuando entremos, pruebe un trocito del *halumi* del señor Trencom. Es delicioso, de verdad. No lo encontrará mejor fuera de Grecia, se lo aseguro.

Sonrió y le hizo otra pregunta al hombre.

—¿Viene por negocios o por placer?

—¿Cómo dice? —preguntó el señor Papadrianos.

—¿Está aquí por negocios o por placer? —repitió la guía, que hablaba más despacio de lo normal por dirigirse a un extranjero.

—Por negocios —contestó secamente el hombre, que parecía molesto por tener que hablar de sí mismo—. Estoy aquí por... asuntos personales.

—Entiendo, entiendo —dijo la guía, comprendiendo que de nuevo se estaba dejando llevar por su curiosidad—. Bueno, señoras y señores... y señor Papa... como sea..., si están ustedes listos, podemos entrar en la tienda. Les pediría a los que lleven cámaras que apaguen los flashes, porque está comprobado que alteran el crecimiento del moho de los quesos.

Con aquella pequeña advertencia y una última mirada a la fachada, el grupo se dispuso a entrar en la tienda de quesos más antigua, refinada y famosa de todo Londres.



La primera sensación y la más inmediata que lo asaltaba a uno al entrar en Trencoms era su olor extraordinario. El aroma penetrante del queso impregnaba el aire como si las mismísimas paredes y hasta el techo estuvieran hechos de grandes lonchas de *emmental* blanco y cremoso. Cada vez que un cliente o un guía cruzaba por primera vez la puerta, el olor del queso les hacía pararse en seco. No era desagradable (en absoluto), pero se necesitaba más de un minuto para que el olfato se acostumbrara a un cambio tan brusco.

Por la mañana temprano, a la hora en la que abría la tienda, era cuando el aire estaba más cargado y maloliente. Era como si, durante toda la noche, los quesos mohosos hubieran estado exhalando en sueños: bostezando, suspirando y respirando vapores rancios y olorosos. Los Trencoms estaban convencidos desde hacía tiempo de que, en lo más hondo de su sopor, el *stilton* eructaba y el *roquefort* ventoseaba. ¿Y por qué no? A fin de cuentas, todos y cada uno de los quesos de Trencoms eran seres vivos: un cúmulo denso y vibrante de bacterias cremosas, azuladas y verdes.

La familia había descubierto hacía mucho tiempo que muchos de los quesos sufrían una misteriosa transformación durante las horas de oscuridad. Por la mañana, cuando llegaban, observaban como los campanudos *clochettes* (que estaban inmaduros unas horas antes) habían adquirido una pátina de moho nueva y verdosa. Veían que algunos de los *couhé-verac* se habían despojados como por milagro de sus envoltorios de hojas de castaño, como si estos fueran enaguas o saltos de cama que hubieran dejado de forma lúbrica caer al suelo.

Más de un Trencom se había entretenido pensando en lo que ocurría de noche en el mundo de los quesos. ¿Intentaban los *tommes* ligar con los *picodons*? ¿Cortejaban los *gaperons* a los esbeltos *buchettes*? Fueran cuales fuesen las travesuras que tenían lugar durante las horas en las que Trencoms estaba cerrado (y de las que nadie podía estar enteramente seguro), los quesos se las ingeniaban para llenar la tienda de un olor matutino característico, aunque ambiguo: la clase de olor ni agradable ni desagradable que de vez en cuando se encuentra atrapado bajo el edredón de dos jóvenes amantes.

—Buenos días, señor Trencom —dijo la guía al entrar en la tienda—. ¿Qué tal está esta mañana?

—Ah, buenos días, señora Williamson —contestó él, sonriendo a los visitantes—. Sí, sí... Estoy muy bien, muy bien. —Y era cierto. El señor Edward Trencom, propietario de Trencoms (la décima generación de la familia que ocupaba aquella posición) se hallaba de un humor excelente. Se dio una fuerte palmada en la tripa y a continuación le sacó brillo a su nariz con el pico del delantal. Un par de personas del grupo se rieron por lo bajo al oírlo hablar y otras se miraron al reparar en la curiosa forma de su nariz. Pero la mayoría logró mantener la compostura.

—Aquí tiene, señora Williamson: una lonchita de *pencarreg* para alegrarle la mañana.

La guía se sonrojó ligerísimamente y se metió el queso en la boca.

—Y si eso no le pone la piel de gallina —rió el señor Trencom—, entonces tendremos que recetarle un gran trozo de *clacbitou* de Borgoña.

La señora Williamson sonrió, el grupo de turistas se echó a reír y el señor Trencom les deseó una visita de lo más agradable.



El suelo de la tienda era de mármol a cuadros verdes y crema. De día, las baldosas estaban salpicadas de serrín, lo cual las volvía traicioneras para quien cometiera la estupidez de entrar en Trencoms con esos zapatos de tacón alto que a fines de los años sesenta estaban de moda entre secretarias y mecanógrafas.

A lo largo de ambas paredes había largos mostradores de mármol rematados con bastidores de bronce y cristal. Esto permitía a los clientes ver los quesos en exposición (una fracción minúscula de los que se almacenaban en la bodega) y al mismo tiempo proteger de cualquier contacto con el aliento o los dedos inquietos de la clientela. Todos los quesos reposaban sobre esterillas de paja hechas a mano que se importaban de la Camargue desde finales de la década de 1870. Eran de color y olor neutros, y dejaban respirar a los quesos sin transmitirles olores no deseados.

El interior de la tienda databa de 1873: la primera y única vez que Trencoms se había redecorado. Dos ventiladores victorianos, instalados ese año, todavía giraban lentamente en el techo, emitiendo un leve chasquido cada cuatro vueltas. Batían el aire con pesada monotonía, mezclando los olores en un solo aroma. Había algo en el modo en el que circulaba el aire que hacía que, si uno se ponía justo debajo de los ventiladores y ladeaba la cabeza unos cuarenta y cinco grados, aquel aroma se le metiera hasta el fondo de la nariz. Sin embargo, si uno se situaba de pie al final del mostrador, el resultado era muy distinto: ligero, fragante y casi mohoso. Era desde hacía tiempo una tradición entre los Trencom colocarse en cuatro puntos distintos cada mañana y dejar que aquel olor impregnara su olfato. Les gustaba ver cuántos quesos podían identificar por separado en medio de aquel cóctel de olor acre.

Las paredes de la tienda estaban recubiertas de azulejos rectangulares cuyo color crema armonizaba con el pegajoso interior de un *maroilles* maduro. Por encima del mostrador había tres estantes repletos de quesos raros del Peloponeso, embotellados y conservados en aceite de oliva condimentado. Detrás de cada mostrador había un *époisses* en sazón, listo para comer, y una taza llena de cucharillas. A los turistas se les recibía siempre con una cucharada de *époisses* y una cálida bienvenida personal. A los americanos les gustaba especialmente conocer al descendiente de una familia que «llevaba en el queso» más de tres siglos.

—Y ahora —dijo la señora Williamson—, si están listos, vamos a bajar a la cripta.

Entonces, mientras el grupo de visitantes bajaba con cierto estruendo por la escalera de madera que conducía a la bodega, sucedió algo curioso: algo que iba a proyectar una sombra sobre el resto del día de Edward Trencom. El griego recién llegado al grupo se quedó rezagado como si, por cortesía, quisiera ser el último en bajar la escalera. Pero en cuanto los demás se perdieron de vista, volvió a la tienda y se acercó apresuradamente al señor Trencom.

—Saben lo suyo —susurró—. Todo. Y está usted en grave peligro. Llevan vigilándolo por lo menos una semana, quizá más. Incluso ahora lo están observando.

Edward Trencom estaba tan sorprendido de que un perfecto extraño se dirigiera a él de esa manera que su reacción inmediata fue frotarse la nariz con energía, cosa que hacía siempre que estaba nervioso o alterado. Fijó luego los ojos en el hombre que sugería que se estaba preguntando, primero, si había oído bien y, segundo, si debía echarlo de la tienda.

—Le ruego me disculpe —dijo en un tono que conservaba su amabilidad de siempre, pero un tanto más firme y más insistente del que solía con sus clientes habituales—. ¿Puedo servirle en algo? ¿Buscaba algún queso en particular?

—No puedo decirle más —continuó el señor Papadrianos, haciendo caso omiso de sus preguntas—. Pero incluso ahora le están... nos están vigilando.

Al decir esto, señaló afuera, hacia la calle. Edward volvió la mirada hacia el gran escaparate y lo que vio le causó un sobresalto. Un hombre muy alto (y que parecía tan griego como el desconocido que tenía delante) estaba mirando a través del escaparate. Sí, mirándolo fijamente. Cuando sus ojos coincidieron (y se encontraron), el desconocido de fuera inclinó súbitamente la cabeza y se escabulló calle abajo.

—Ahora no puedo hablar —dijo el hombre que había ante Edward—. Pero vigile sus espaldas... y tenga cuidado. Lo necesitamos. Todas nuestras esperanzas están puestas en usted, señor Trencom, todas nuestras esperanzas. Volveré para contarle más. No puedo decirle cuándo, pero volveré. Eso se lo prometo.

Dicho y hecho, el señor Papadrianos agitó la mano y salió precipitadamente de la tienda.

*Vaya, que me aspen*, se dijo Edward mientras reflexionaba acerca de la curiosa escena que acababa de tener lugar. *Esto es lo más raro que me pasa desde...* se distrajo un momento pensando en la última cosa rara que le había pasado. Incapaz de recordar una, volvió al asunto que lo ocupaba y chasqueó varias veces la lengua con indignación. *Pero bueno, pensó, ¿de qué demontre iba todo eso? ¿Qué ha dicho? «Lo necesitamos. Todas nuestras esperanzas están puestas en usted». Vaya, vaya, ¡qué cosas! No había oído semejante sarta de tonterías en toda mi vida.*

Mientras revivía la escena mentalmente (y se permitía una leve sonrisa), se metió en la boca un trozo de cremoso *causedou*.

—Ah, no, no, no—dijo en voz alta cuando hubo aplastado el queso contra el paladar de su boca—. No está bueno. No, en absoluto. Hasta podría decirse que sabe a pasado.